**Sororidad**

Al abrir la puerta, silencio. Caras preocupadas, inquietas, llenas de duda. Casi inaudible, el llanto de una mujer. Entré al salón, y vi que ese llanto pertenecía a una chica sentada en la mitad de la tercera fila. Encorvada sobre sí misma, se cubría el pecho con un buzo mientras su amiga le acariciaba el pelo. Después de unos segundos, se atrevió a hablar.

“Estaba caminando por la 70 hacia la universidad, cuando un tipo con capucha me abordó”.

Tardó mucho en gesticular esa oración. Su voz se quebraba en cada palabra y le costaba tomar aire. Imaginé lo peor.

“Me acorraló contra una pared, no sé si me quería robar o qué me iba a hacer. Yo intenté escapar con todas mis fuerzas, y ahí fue cuando me arañó el pecho y me rompió la camisa”.

Silencio. Más llanto. Solo me quedé mirando a esa chica, de quien apenas recordaba el nombre, pero que ahora me dolía como una hermana.

“Tengo una camisa en el bolso, te la presto”. Finalmente dijo una compañera. “Yo te acompaño a tu casa cuando salgas de clase, para que no tengas que caminar sola”, dijo otra. “Si quieres, te puedo ayudar a poner la denuncia”. Una más.

Ella, sin dejar de llorar, sonrió.

Tatiana Lozano Jaramillo
Universidad Pontificia Bolivariana
Comunicación social y Periodismo